

Zoología Bíblica

Las langostas, alimento de San Juan Bautista

Por el

Dr. Emiliano J. L. Mac Donagh

Profesor del Museo de La Plata

Los simples laicos o legos que no poseemos ciencia escrituraria ni versación teológica porque no las hemos estudiado en cursos orgánicos, sentimos vivamente la necesidad que nuestras lecturas de las Sagradas Escrituras se acompañen con una imagen mental de los hechos o las palabras del texto inspirado. O, si se prefiere, lo que se llama la "atmósfera" del relato.

Existen algunas obras sabias que nos ayudan a *sentir* los pasajes bíblicos y sobre todos los evangélicos. La naturaleza en cuyo escenario se desarrollan los acontecimientos, ha sido identificada y descripta; la historia, la arqueología, la etnografía de los pueblos, revivida. No alabo la mera erudición o la curiosidad que los varones prudentes llaman "ociosa". Hablo de una ayuda a nuestra piedad. Pero nada de "invenciones" o historias apócrifas; una ciencia, pero ciencia; y una piedad auténtica.

Entre otras ciencias, la Zoología: tiene mucho que decir, además de lo ya establecido. Un ejemplo: ¿Por qué pudo San Juan Bautista alimentarse de langostas en el desierto?

Alguna vez he escuchado a una persona movida por celo "apologético", que las "langostas" que comía San Juan (Mateo, 3,4) eran otras "clases" de langostas, "no como las nuestras", y que por eso eran "comestibles". Apologética errada, pues si se lo dice para mostrar que no es "inverosímil", se falsean tanto el hecho ocurrido cuanto el sentido

Mons. Straubinger anota en su edición según el texto original griego (1948, pág. 55, San Marcos, 1,4) que "El desierto en que San Juan predicaba y bautizaba se hallaba a tres o cuatro leguas al Este de Jerusalén, entre esta ciudad y el Mar Muerto. Su nombre geográfico es "desierto de Judea".

El padre Willam ("La vida de Jesucristo en el país y pueblo de Israel", traducción española, 1943, pág. 91), dice que aún en nuestros días recogen langostas los beduinos pobres, y las tuestan para comerlas. En una tradición judía hay un rasgo que demuestra cómo las langostas secas constituían ya en los tiempos antiguos un artículo de venta. Los comerciantes —se dice— las rociaban con vino para darles un aspecto atrayente.

El Abad Ricciotti ("Vida de Jesucristo", n° 265) dice substancialmente lo mismo, con el dato que "aún hoy día, los beduinos de Palestina... comen, a falta de cosa mejor, langostas, poniéndolas a veces en conserva después de secarlas", como en aquellos tiempos los eremitas, por ascetismo. Su cita de Flavio Josefo, nutriéndose de "alimentos nacidos espontáneamente" quiere decir "no elaborados".

Basta tener una noción general sobre la fauna entomológica de Asia Menor para desechar lo de las "clases" especiales de langostas. Como en tantos otros países de escasa vegetación, no tropicales, (subtropical la llama Ricciotti), la

mediano, y viven y crían aislados. Únicamente las langostas son más grandes y ellas pueden vivir en bandadas, o mangas como decimos nosotros. Las langostas verdaderas, en varias partes del mundo, pertenecen al género *Schistocerca*, que durante unos años presenta generaciones de individuos aislados o dispersos sobre el terreno, constituyendo la fase "solitaria". Pero cada tantas generaciones surge una, abundantísima, la fase *gregaria*, que puede repetirse, y es invasora. La causa y mecanismo de estas "fases" es todavía un enigma. Ello complica nuestro estudio al considerar los datos que suministro más adelante (tomados de Uvarov), pues no habría en Palestina fase "solitaria", y toda langosta vendría del sur, adulta. Así, pues ¿todos los años tuvo San Juan a su disposición langostas? La miel silvestre, sí, y se agrega que pudo ser, también, resina de árboles.

El estudio original de las langostas comunes de Palestina se debe a Hübner y sus colaboradores, y ha sido difundido por B. P. Uvarov, acridiólogo ruso, que después de lograda su fama mundial, se radicó en Londres, sirviendo en el Instituto Imperial de Entomología, y en su obra "Locusts and Grasshoppers" (1928) al tratar de la "Langosta del Desierto", como él denominó a la especie *Schistocerca gregaria*, dice que su distribución geográfica abarca casi todas las regiones secas y desérticas de África, el litoral sur de España, Portugal, todo el contorno de Arabia, y agrega: "Invasiones de mangas de esta especie son conocidas asimismo en Palestina, y por lo común se dice que su origen es el Egipto; aunque algunas mangas puedan venir a través del Mar Rojo y el desierto de Sinaí hasta entrar en Palestina, hay también una posibilidad que arriben a este último país desde lugares relativamente próximos de Arabia, y, quizás aún de las partes meridionales de la misma Palestina. Las condiciones climáticas de Palestina son apenas favorables para la cría permanente de la especie y su fase solitaria no ha sido encontrada allí". Más adelante (pág.

261), agrega que "El problema de la langosta es muy grave en Palestina y Transjordania. Las invasiones son allí relativamente raras, es cierto, y las langostas no consiguen establecerse en el país, debido a condiciones desfavorables; pero la base económica del país reposa en sus cultivos intensivos de olivos, viñas, etc., de manera que las pérdidas aún por una única manga de langostas pueden ser enormes. "Vuelvo a decir que las invasiones vienen de afuera, de regiones "que están prácticamente desprovistas de población."

De la compulsión de la misma obra se deduce que no hay en la región otras grandes langostas que respondan al concepto de langostas, saltamontes u otros acridios mayores que no sean las de *Schistocerca*.

Según lo conocido para éstas en sus diversas especies pueden reconocerse diferentes estados de desarrollo, comenzando por el adulto de la fase invasora (llamada originariamente "gregaria" por Forskal) cuyo macho tiene una longitud entre 46-55 mm. mientras que la hembra es de 57; posee la fase solitaria, algo amarillenta, pero ella no existiría en Palestina; y además presenta, como en nuestra langosta, "saltonas" desde el estado de nacimiento, posterior al desove, cuyos primeros estados nosotros llamamos con un nombre inapropiado, "mosquitas"; en total, cinco estados preparatorios.

Anoto, para reforzar mi observación, que las langostas de esta especie son tan parecidas a las nuestras, que Scudder en 1899 sostuvo que eran de la misma especie, lo cual, por razones biológicas no puede ser. Hoy poseemos un criterio seguro para diferenciarlas anatómicamente.

Uvarov, al tratar fugitivamente la historia del "problema de la langosta", menciona los más antiguos monumentos de la civilización humana, los de Asiria y Egipto, testimonios de la importancia del problema, viejo como la humanidad que vive de los cultivos. Pero Uvarov omite el clarísimo testimonio de la Biblia.

En Lev. 11, 22 dispone Moisés que los judíos pudiesen comer *toda especie de langosta*, el "solam", el "hargol", el "hagab", nombres que no han sido identificados hasta ahora.

San Juan Bautista podía, pues, comer todas las langostas que encontrase en número suficiente para el alimento indispensable. No podemos concebirlo a la caza de saltamontes solitarios en el desierto, pues su aislamiento voluntario era para no estar ocupado, como se dice de su vestido de cuero de camello, que era el elegido para no depender de otros en su confección o cuidado.

Así, pues, en conclusión, las langostas serían los acridios mayores que se incluyen en el género *Schistocerca*, invasor en mangas cuando adulto.

He dicho que necesitamos una noción cada vez más "experimental" para que mueva nuestro corazón. Las langostas nuestras, las que conocemos como plaga, son casi idénticas a las que comía San Juan. Nos lo ha dicho la Zoología. Y ahora la Etnología nos dará otros testimonios.

Los indios del Chaco comían langostas de la especie tan dañina, que habitualmente conocemos por "invasora", la *Schistocerca cancellata*, que es común llamar *paranensis*. El R. P. Guillermo Furlong, S.J., ha seleccionado en dos volúmenes los escritos de varios misioneros jesuitas que evangelizaron a los indios del Chaco, viviendo largamente entre ellos. En su libro "*Entre los mocobús de Santa Fé*", uno de los misioneros dice que estos indios eran insaciables para comer, aunque una vez evangelizados cumplían con el ayuno eclesiástico, a veces extremadamente, y que la carne que más gustaban era la de tigre (yagareté). Este padre Manuel Manélas dice: "Comen también langostas, las crecidas, ensartándolas en alguna barrilla sutil, y así tostadas las comen. Las chicas antes que vuelen las echan enteritas en una olla al fuego con poca agua. Todas se hacen una mantequilla, realmente gustosa y suave; y así se venden bien de las mangas de langostas, porque si éstas les comen los frutos ellos

les comen sus hijos" (pág. 101). El misionero creía que era por necesidad, pero luego supo que las grandes son su comida, y las chicas su regalo". Claro está, aquí no vivían en un desierto. En el mismo libro, el P. Furlong reproduce, frente a la pág. 65 una de las láminas del jesuita alemán Florián Baucke, donde se muestra cómo rodeaban la manga de langostas asentadas.

En su otro libro, "Entre los Abipones del Chaco", basado principalmente en la obra del jesuita austriaco P. Dobrzhoffer, dice que allí los españoles sufren las invasiones de las langostas, pero no los infieles, "pues ellas son una de sus comidas regaladas". "Forman de ellas sartas muy grandes y asadas se las comen con notable sabor. También después de bien tostadas y secas las muelen en el mortero, y hacen de ellas una como harina".

En la obra original del P. Baucke "Hacia allá y para acá (Una estada entre los indios Mocobús 1749-1777)", editada por la Universidad de Tucumán, 1943, tomo II, pág. 185, trae los datos originales. En su lámina 22, frente a la pág. 178 se agrega que rodeaban las langostas sobre el pasto las mujeres y los niños mocobí.

Con estas citas se da una idea de tal vida selvática, a la merced de la ocasión. Contraste con las privaciones de su vida del desierto adoptada por San Juan Bautista, que no era un primitivo, sino el vástago de una raza real, heredero de una cultura, el Precursor, pues.

Pero, sobre todo, que nadie diga que eran otra "clase" de langostas que las nuestras. No lo son, y no dan más nutrición, ni eran una "delicadeza". La mayor parte de nuestro país sabe lo que es soportar la invasión de las mangas de langostas voladoras, su presencia zumbante y crujiente, su olor aceitoso; en fin, la encarnación de la antipatía. Y esto era el alimento del Bautista.

Con lo cual damos fin a nuestra modesta contribución documental científica a la denodada labor de Mons. Straubinger durante tantos años: "explicar la Biblia para la vida".